

de ese asesino!.. (y otros términos equivalentes).

En el entretanto acudieron servidores atraídos por el ruido y los dos jóvenes me entregaron a ellos con amenazas de salvajes, cuyo sentido yo no acababa de comprender, pero que iban dirigidas, sin duda, al amigo del almirante von Treischke. De hecho sólo percibi bien una frase lanzada por Dolores en el momento en que era arrastrado lejos de la estancia entre una lluvia de golpes:

—¡Ah! ¡Ahora comprendo—decía—por qué ha tocado tan bien esta noche el capitán!

XII

No es el confort lo que falta en las prisiones del «Vengador».

EL acontecimiento había sido tan contrario a lo que yo me esperaba, que en mi tristeza me preparé a todas las catástrofes.

La brutalidad con que se me hizo atravesar una gran parte de aquel monstruoso navío de piratas, la rápida carrera que hube de seguir a lo largo de interminables corredores y, en fin, la violencia con que tras abrirse una última puerta fui arrojado entre las manos de un demonio de negro, que me recibió con una risa diabólica, todo ello me confirmó en la idea de que había sonado mi última hora, y cerrando los ojos, dichoso por no tener que pensar más, ni luchar, ni huir, ni imaginar, ni ver, ni oír, ni saber nada del mundo y sus atrocidades, de sus querellas y sus guerras, de sus barbaries y sus venganzas, me desvanecí de nuevo, y esta vez con la única esperanza de no salir ya de la nada en que me sumía con éxtasis.

A la mañana siguiente me desperté tranquila-

mente en una de las más coquetas habitaciones, amueblada con una linda camisa de cobre, una mesa, un focador, un armario y una cómoda de madera de arce, en la que un ayuda de cámara hindú se disponía a colocar prendas apropiadas y ropa blanca limpia.

—El señor debe tener mucho apetito—me dijo en cuanto se dió cuenta de que me había despertado—. Voy a por él desayuno del señor. ¿Tengo que avisar también al doctor? No se impaciente el señor. ¡En seguida vuelvo!

¡Demonio! ¿Pero dónde me encontraba yo?... Me froté los ojos e hice esfuerzos por aclarar mis ideas.

Al principio esperé que todos los horrores y todas las desgracias que habían llenado mi vida desde hacía cuarenta y ocho horas no serían tal vez nada más que imágenes de pesadilla de las que mi memoria no tardaría en liberarse.

Pero el ayuda de cámara entró con el doctor y a éste le reconocí en seguida.

Al mismo tiempo mi mirada acababa de descubrir sobre la puerta de mi cuarto una linda V, semejante a las que aparecían bordadas en el cuello de la marinera del doctor y semejante igualmente a las que recordaba haber visto en sueños... ¡Y en el acto hollé de nuevo la espantosa realidad!

Este hombre que acababa de cogerme la muñeca y me tomaba el pulso, era el mismo hombre que yo había visto llorar la víspera ante Dolores y Gabriel, esos otros dos personajes de mi pesadilla.

¿Por qué pesadilla?... ¡No había tal pesadilla... ¡La oración nocturna... ¡El capitán Hyx!... La... ventana enrejada... ¡Todo aquello era cierto... todo aquello existía!... ¡Todo aquello me rodeaba!... ¡Yo vivía!... ¡Iba a vivir entre todo aquello... o morir!...

—Todavía tiene usted algo de fiebre, señor—me dijo el doctor—; pero sólo de usted depende que se pase rápidamente. En suma, está usted dotado de excelente salud... Ha pasado usted muy buena noche... Sin que usted se diera cuenta, le he aplicado una inyección de suero que le ha devuelto casi todas sus fuerzas mientras dormía... Tome tranquilamente su desayuno matinal; no se irrite usted: eso no sirve de nada... Y espero que todo le saldrá mucho mejor de lo que usted haya podido temer.

—Doctor—exclamé yo—, si hay aquí algún hombre justo no tengo nada que temer.

—Entonces, tanto mejor, señor. Pero su historia no me interesa. Siempre que sea posible no refiera sus pequeños asuntos a nadie, y no hable sino cuando le pregunten. Aparte de esto tiene usted absoluta libertad para conversar con sus compañeros sobre cuantas cosas acudan a su espíritu... Pero crea usted a mi vieja experiencia: más vale hablar de literatura o de música...

—No sé, doctor, de qué compañeros quiere usted hablar, y en cuanto a mis palabras, no soy nada locuaz. Sólo hay una cosa que podría interesarme: ¿puede darme usted noticias de la salud de una persona por la que siento mucho

interés, y que ha sido la causa involuntaria de todas mis desgracias?

—¿Se refiere usted, sin duda, a la señora del almirante von Treischke?

—¡Ah! ¿Está usted al corriente? Está aquí, ¿verdad?

—Sí; está aquí. Esta mañana fui llamado a su lado.

—¡Dios mío! — exclamé yo palideciendo —. ¿Qué le ha sucedido? ¿La habrán torturado los asesinos?

Esta última frase se me escapó con tan desesperada fuerza que, aun cuando hubiera pensado en lo que tenía de audaz e imprudente, hubiese sido incapaz de contenerla.

No bien la hubo oído el doctor, miró en torno suyo para cerciorarse de que estábamos solos y de que el criado no se hallaba tras la puerta, y luego me dijo en voz baja, ligeramente febril:

—La esposa del almirante von Trieschke ha sido respetada. Pero ha pronunciado usted una palabra que aquí está borrada de los vocabularios. Sobre todo, con sus compañeros hable de otra cosa, hable de otra cosa. ¿Me ha comprendido? ¿Me ha comprendido?

—¡Oh! — dije yo sacudiendo la cabeza —. ¡Si habéis torturado a Amalja, sois todos unos bandidos! ¡Yo he asistido a la oración nocturna! ¡He visto la ventana enrejada!

—¡La ve todo el que quiere! Pero se da por supuesto que no se hable de ello en la medida de lo posible, en la medida de lo posible...

—¡Quienes han imaginado la ventana enreja-

da, sépalo, doctor, sépalo usted bien, quienquiera que sean y sea lo que fuere lo que puedan decir, constituyen la vergüenza de la humanidad!...

Como bajara la cabeza, le pregunté con una angustia que hacía temblar mi voz:

—¿Qué van a hacer ustedes con la señora del almirante? ¿Qué van a hacer con ella?

El doctor no me contestó.

—¡Oh! ¡Míreme a la cara!... ¿Por qué vuelve la cabeza?... ¿Por qué? ¡Quiero saberlo! ¡Si es usted un hombre honrado, muéstreme sus ojos!...

¡Pero se marchó sin mostrármelos!

Era un tipo extraño, como una especie de viejo *gentleman*, de aspecto un tanto previsor y con una perfecta benevolencia difundida en toda su simpática fisonomía. Pero parecía mirar constantemente en torno suyo, como si descubriera una nueva desgracia. Con su remolino de cabellos grises en su cráneo semicalvo, semejaba al rey Lear después de la pérdida de su reino.

Su brusca partida me dejó en un estado de inquietud indecible respecto a Amalja. A continuación entró el criado hindú, sonriéndome en toda la extensión de su faz hermosa y admirable, pero con un aire absolutamente satisfecho de sí mismo. Se llamaba Buldeo — me dijo —, "para servirme". Era oriundo de las cercanías de Delhi, pero desde su más tierna infancia había sido llevado por un Sahib al corazón de las montañas de Garo, en donde bailan a coro, por la noche, los elefantes salvajes (según me refirió más tarde). Me ayudó hábilmente a ataviarme.

Exhibió con orgullo el contenido de los cajones, y me enseñó tres pantalones, muy bien colocados sobre su tabla en un armario, y dos americanas y un *smoking* colgados de las perchas.

Me los probó. A decir verdad, me venían como anillo al dedo. Observamos que los pantalones eran algo largos; pero ahora está bastante de moda el llevarlos con una arruga en el empeine. Quise saber de dónde procedía todo aquel guardarropa y aquella fina lencería, y me contestó que todo aquello había llegado destinado a mí aquella misma mañana por los cuidados del ayuda de cámara personal del capitán Hyx.

Reflexionándolo bien, tan delicada atención hubiera contribuido seguramente a tranquilizarme, si la brusca parfida del doctor, su esquiva mirada cuando le había hablado de Amalia, y sobre todo el recuerdo de las fieras palabras de Dolores, no me hubieran hecho imposible todo equilibrio mental.

Yo oscilaba entre el terror y la cólera, y ya no sabía, en verdad, a qué carta quedarme, cuando un pequeño mensajero vino a traerme justamente una carta de la señora del almirante von Treischke. En el sobre reconocí la letra de Amalia, y podéis imaginaros el trémulo apresuramiento con que rasgué aquel papel, que llevaba también, como cuantas cosas nos rodeaban, la V escarlata que se me figuraba escrita con la sangre de los desgraciados que habían agonizado en los costados del barco maldito.

La señora del almirante me invitaba a cenar para aquella misma noche.

Se había enterado de mi presencia a bordo por el doctor, que acababa de verla, y le había aconsejado que me escribiera para calmarme.

En lo que a ella y sus hijos concernía, desde el rapto brutal de que habían sido víctimas, se habían visto tratados con el mayor cuidado.

Me daba las gracias por el valor que había demostrado persiguiendo a sus raptos hasta el seno de las aguas, y no me ocultaba la esperanza que tenía de que todo aquello terminaría bastante pronto y bastante bien. Ella se explicaba la desagradable aventura por la necesidad que tendrían los enemigos de Alemania de asegurarse preciosos rehenes, con la intención quizás de canjearlos por prisioneros a los que tenían en mucho.

Los niños se encontraban bien. La niña había tenido algo de inflamación a la garganta. Todos ellos, Dorotea, Heinrich, Carolus, me abrazaban. En cuanto a la madre, como decorosamente no podía abrazarme, me enviaba la enternecidísima expresión de su reconocida amistad. Pero, por mi parte, yo besé con fervor su firma.

¡Ah! ¡Pobre Amalia afortunada!... La escribí una carta, en la que me proclamaba el más feliz de los mortales por haberla seguido en su desgracia, y en el momento en que escribía esto así lo pensaba... aunque estuviera horriblemente agitado y casi tan inquieto por mi suerte como por la suya... ¡Mientras su carta me la representaba, por el contrario, tan tranquila, tan confiada y tan serena! ¡Ah! ¡Monstruos, monstruos! ¡Dios mío! ¿Cómo salvarla de allí? ¡Dios mío! ¡No es

posible que esté con esas gentes!.. Ciertamente, Señor, que dijiste: "Aquel que hiera con la espada, por la espada perecerá", pero no lo has dicho para que se utilice la espada, sino para que se la deje en la vaina, Señor...

¡Señor, inspírame y salva a Amalia!..

Mientras tanto pensé en aparecer convenientemente ante ella, si por casualidad me la encontraba antes de la cena...

Lavado, afeitado, vestido con un traje azul marino, que a decir verdad se hubiera creído hecho para mí, con una corbata de seda por la que hubiera pagado muy bien cuarenta francos en la rue de la Paix de París, sólo me faltaba, para ser un hombre de mundo perfecto, un alfiler de corbata; pero no se había pensado en este detalle, lo cual perjudicaba en verdad a la corrección de mi indumentaria... pues un hombre de mundo no está vestido mientras no se haya puesto un alfiler de corbata; por lo menos, así sucede en Renich.

Sea como fuere, mi cuerpo (sólo hablo en verdad de mi cuerpo) había tenido lugar de quedar satisfecho cuando salí de mi pequeña habitación con permiso de Buldeo.

—¿Adónde puedo ir?—le había preguntado a este perfecto servidor.

—A todas partes donde pueda el señor—me había respondido él.

No tardé en comprender el significado preciso de estas palabras cuando me hube chocado con algunas puertas cerradas y con muros de cuero barni zados y bruñidos, que formaban una

blanca prisión de las más agradables a la vista bajo el resplandor de las lámparas eléctricas, pero prisión al fin y al cabo.

Yo me imaginé fácilmente que aquél era el rincón femible y vigilado en que aguardaban los cautivos en un marco moderno, higiénico y elegante, a que se hubiese decidido su suerte.

En este mismo aderezo, o mejor dicho, en esta complacencia, en esta concesión inefable y suprema a los hábitos de lujo y de confort y a los gustos de la civilización, había una especie de horrible sadismo por parte de los verdugos, sadismo que, a mi parecer, los hacía todavía más odiosos.

En el curso de mi paseo por los corredores que nos estaban reservados, adiviné muchos cuartos como el mío, llenos de angustias y sufrimientos más crueles aún que los míos, porque al fin y al cabo yo no podía olvidar que era neutral, y a pesar de todas las amenazas, de los pronósticos más fatídicos y las más negras inquietudes, aún quedaba en el fondo de mi alma una esperanza que yo no soltaba y a la que me aferraba desesperadamente.

Pronto me encontré en una especie de salón de fumar en el que sobre una mesa central oblonga y cubierta de un tapiz verde, se encontraba una gran cantidad de periódicos y revistas en todos los idiomas. Apoyados contra la pared había anaqueles que exhibían una respetable colección de obras cuya lectura debía de ayudar a pasar los horas de espera... ¿de espera de qué?

¡Oh! ¡Horror!

Cuando entré en este salón de lectura, dos personajes cuyo uniforme me reveló en el acto que eran oficiales de la marina alemana, discutían entre sí en voz baja, fumando excelentes cigarros habanos a los que no habían quitado la sortija, al contrario de lo que suelen hacer las personas de buena educación para no incurrir en el ridículo pecado de la ostentación.

Al ruido que hice yo volvieron ligeramente la cabeza; yo saludé discretamente, pero ellos no contestaron a mi saludo, sin duda porque yo no les había sido presentado e ignoraban a qué clase de la sociedad podría pertenecer.

Es posible también que me tomaran por un espía.

Tanto es así, que se pusieron a hablar en voz alta y a pronunciar palabras sin importancia, lo cual no dejaba de ser una torpeza y me invitaba a deducir que aquello de que hablaban en voz baja tenía cierto valor oculto.

El primero, aquel que se hallaba más cerca de mí, tenía una gran cabezota mofletuda, con los ojos saltones y la nariz respingada; el otro tenía una cara angulosa de ave de rapiña desplumada como la que se ha visto en algunas caricaturas del kronprinz; ambos tenían la cara afeitada, salvo los labios superiores que habían conservado un bigote de puntiagudas guías sostenidas con cosmético. El primero era rojo, como una bola ignea, y parecía pronto a incendiar el vasto mundo con su cabeza; el segundo era verde, como la muerte algo avanzada. Después de pronunciar sus insignificantes palabras, se echaron

a reír sin dejar de fumar. Luego hubo un silencio y después el primero pronunció las siguientes frases con un ritmo que no me era desconocido: "Con gayos atavios—un galante caballero—por el sol y a la sombra—viajó largo tiempo—cantando una canción—en pos del Eldorado."

A lo que el otro contestó con la segunda estrofa: "Mas llegó a enfurecerse—tan audaz caballero—y su corazón una sombra—cubrió sin que hubiera encontrado—un lugar de la tierra—que se pareciera al Eldorado."

Tras lo cual ambos se echaron a reír y desaparecieron.

Habría habido que ser más ignorante que un burro de carga para no reconocer en su singular poema la pequeña elucubración del autor de *Eureka*.

Me habían largado esto en el texto inglés, aunque ellos eran alemanes, y comprendí lo que habían querido decir con su historia del audaz caballero que había muerto antes de haber encontrado lo que buscaba. No cabía duda... Me tomaban por un espía y seguramente por un inglés o un americano.

¡Que se me creyera de la banda de corsarios enrolada por el capitán Hyx para su tarea infernal! ¡Sólo la idea me ponía frenético! Así que decidí tener una explicación decisiva a la primera ocasión que se presentara.

No obstante, aparte de este incidente personal y de la irritación que me había causado, me sentía poseído por un sentimiento de inmensa

estupefacción ante la desenvoltura de aquellos personajes y su concienzuda manera de fumar el cigarro. Yo me imaginé que no fernerían que la amenaza de tortura que se hallaba suspendida sobre su cabeza fuera ejecutada nunca...

Entretanto había reaparecido mi fiebre; las sienes me lastan, tenía sed. Un mayordomo hindú, que se parecía a Buldeo como una gota de agua a otra, pero que no era Buldeo, pasó en aquel momento y yo me aventuré a pedirle que me trajera de beber.

Inmediatamente me trajo un vaso y una *botella de champagnel*

Decididamente no se nos privaba de nada...

Otro mayordomo hindú trajo una mesa de juego y *cartas*... Y a decir verdad, los cuatro personajes que aparecieron a poco y que se sentaron en silencio alrededor de la mesa, tenían el aire severo, pálido y concentrado de los prisioneros a los que aguarda el cadalso y que se juegan su última partida.

Uno de ellos reclamó las fichas en alemán frunciendo el ceño y reprendió con voz severa al mayordomo por su negligencia.

Casi inmediatamente se pusieron a jugar al *póker* con un encarnizamiento, una astucia, una cautela, una falsedad, una brutalidad, una audacia incomparables...

También yo soy un apasionado del *póker*.

Hipnotizado por la fantástica partida que se jugaba allí, me aproximé. Entre dos jugadas, al suscitarse una discusión sobre el valor de un color en un encuentro de dos juegos iguales, yo

no pude abstenerme de dar mi opinión. De este modo hallé ocasión de presentarme, y sin más explicaciones, referí brevemente que habiendo naufragado en una lancha había sido recogido por un submarino de nacionalidad desconocida en el que me habían tratado de la mejor manera del mundo, pero donde no conocía a nadie.

Los cuatro jugadores se presentaron a su vez, no sin haber cambiado miradas en las que yo descubrí mutuas recomendaciones de prudencia; eran cuatro oficiales alemanes, que me revelaron sus nombres y sus títulos sin añadir más nada y que me preguntaron muy cortésmente si me agradaría mezclarme a la partida.

Yo les dije que eso sería para mí una gran distracción; pero que por desgracia carecía en absoluto de dinero por el momento, a lo que se me contestó con suma cortesía que bastaría mi palabra y *que ya se arreglarían las cuentas en tierra!*

—¿Cómo en tierra?—exclamé yo—. ¿Pues cuándo creen ustedes que *se nos* depositará en tierra?

—Pero *mein Gott!*—exclamó uno de ellos—. ¡Pues cuando se haya acabado la guerra, cosa que no ha de tardar si así le place a Su Majestad!

Ni siquiera se apercibieron de la extraordinaria agitación que me habían producido semejantes palabras. Evidentemente, evidentemente, estos individuos no debían de creer las historias de tortura que corrían a bordo ni habrían tenido ocasión de asistir a ciertos espectáculos detrás de cierta reja... o quizás pensaban que *personal-*

mente no tenían nada que temer por razones que yo no elucidaba aún.

... O tal vez creyeran, como lo había sugerido vagamente la temblorosa Dolores, tal vez creyeran que sólo se quería meterles miedo..., idea estúpida, idea estúpida para quien había tenido ocasión de desvanecerse en cierto reducto enrejado... ¡Ah! ¿Cuáles podrían ser los pensamientos de estos hombres que jugaban tan tranquilamente mientras que allá, detrás de las paredes, cierto chino que yo conocía debía hallarse ocupado en clasificar sus instrumentos para próximas operaciones?... *Aparentemente estos personajes no se ocupaban nada más que de su juego.*

(Aquí no quise tomar parte en la jugada, aunque tenía dos ases desde el principio, para poder reflexionar mejor.)

Mientras se proseguía la partida vi pasar al salón de lectura a una veintena de personajes, casi todos los cuales eran oficiales alemanes, bien del ejército de tierra o bien de la marina, y media docena de paisanos que no se expresaban sino en alemán y que pronto hicieron rancho aparte en una pequeña mesa, pero que no eran los menos alegres.

Por sus conversaciones, que llegaban frecuentemente a mis oídos, pude deducir que eran grandes comerciantes del Norte de Alemania y creí adivinar que todos ellos eran burgomaestres, es decir, alcaldes de sus ciudades.

La coincidencia que les reunía en torno a la misma mesa bajo las aguas, era cuando menos bastante singular, y por mi parte hubiera basta-

do para quitarme algo de la alegría de mi carácter.

Pero estos personajes no tenían ningún aire de asombrarse de su aventura y referían "buenos golpes comerciales" o historias municipales que les hacían reventar de risa...

¡Esto era demasiado! Querían disimular ante el extranjero que les parecía yo.

De cualquier modo, yo estaba aturdido y mis compañeros de juego se aprovechaban para hacer buenas jugadas a granel.

Cuando me levanté de la mesa debía cinco mil marcos. Firmé un reconocimiento de mi deuda poniendo mi firma y mi dirección. Luego me despedí y volví a mi cuarto, haciendo que Buldeo me llevara a él un par de huevos al plato. Mi apetito era insignificante y sentía necesidad de quedarme solo para reflexionar... ¡para reflexionar!...

¿No era mi deber prevenir a mis compañeros de cautiverio de que quizás tenían una falsa idea de lo que les aguardaba?... Porque después de reflexionar yo estaba persuadido como Gabriel de que no *se había montado semejante negocio* para acabar en una simple comedia... ¡Y también Dolores debía estar persuadida de ello!... Sólo que mentía para calmar a Gabriel... En fin, ¡yo había visto!... ¡yo había visto una cosa atroz!... ¡Sólo había visto cadáveres, cierto! ¡Y qué cadáveres!... Pero ¿debería creer, como me incitaban las palabras de Dolores, que estos cadáveres habían entrado ya cadáveres en la cámara de tortura..., y que todo este horror no era más que

un trabajo preparatorio en espera de que empezara la verdadera fiesta de los Angeles de las Aguas? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saberlo tratándose de unos ángeles que tenían semejantes oraciones nocturnas?... Sin duda, *en su orgullo nacional*, mis compañeros deben de imaginarse que *no ha de osarse y que esa fiesta no empezará nunca...* ¡Qué insensatos!... ¡Qué insensatos!...

XIII

La tranquilidad de Amalia me aterra.

AQUELLA misma noche, cuando fui introducido en el departamento de Amalia, encontré a mi bien amada con la expresión tranquila, la tez fresca, el cuerpo descansado. Conservaba no muy arrugado el extraño atavío que llevaba la noche de los últimos acontecimientos de Madera. La primera impresión que esto me causó me desconcertó mucho más que si se me hubiera aparecido excitada por la desesperación.

Imaginaos que estaba sentada en un sillón, en una actitud llena de languidez, contemplando a sus tres hermosos niños, que jugaban en silencio a sus pies.

¡Infortunada criatura, que, pura de todo crimen, no podía sospechar el horrible destino que se le preparaba!

Sus bellas manos jugaban con la cabellera de dorados rizos de la niña. Cuando me vió se incorporó y me dijo textualmente: